

La diana del señor Santiago fué la señal de embocar la ría.

Luego se empezaron a vislumbrar familias. El himno del barco, el saludo a España, el *Cara al Sol*, la invasión unos minutos después.

Y la Salve en Begoña, y el auresku en la plaza, bajo los plátanos verdes, y los «verdeales» para la Virgen, y la danza de los pañuelos, para la Virgen, y la música y el

paso vario de las tierras de España para la Virgen de Begoña.

Se acabó lo que se daba. Las de Asturias se fueron para casa. Las de Logroño enfilaron el camino de la Rioja. Quedaron en el barco Lérida y Zaragoza. Cáceres, Málaga y Sevilla —y este cronista— nos fuimos a pescar el tren de Madrid. La tarde tenía un sol santiagueño de verdad y olía a hierro fundido, a toros y a incienso.

